

El secreto de la muerte en África

Un tipo de autopsia creada por españoles ayuda a mejorar la sanidad del Tercer Mundo

El País · 20 apr. 2018 · MANUEL ANSEDE

Un tipo de autopsia mínimamente invasiva creada por un equipo de tres científicos españoles está llamado a revolucionar los sistemas sanitarios del Tercer Mundo, donde millones de personas mueren cada año sin que se sepa por qué. El procedimiento, sencillo, rápido, barato y respetuoso con las tradiciones y tabúes de las culturas africanas, logra hasta el 89% de concordancia con las autopsias completas. Entender mejor las causas de los fallecimientos aportará datos fiables que permitirán reorientar políticas de salud y prevenir las enfermedades más letales.



La gente se muere al otro lado de nuestras cucharadas de azúcar. Millones de personas fallecen sin que nadie sepa por qué, a miles de kilómetros. Si alguien se concentra en una de estas cucharaditas de azúcar antes de echarla al café, quizá pueda desandar mentalmente el recorrido del edulcorante por el planeta hasta llegar a la casa de Virginia Chunguana y Elidio Carlos Lima. La pareja, de 21 y 30 años, vive en Manhiça, un municipio rural de Mozambique, uno de los países más pobres del mundo. Elidio trabaja como temporero, por unos 56 euros al mes, para la mayor fábrica de azúcar de la región: una mole industrial perteneciente a la multinacional Associated British Foods, la propietaria de la marca española Azucarera y de la cadena de ropa Primark. Virginia, con un nudo en la garganta, intenta relatar hoy la muerte de su bebé hace solo 30 días.

“La verdad es que no tenemos ni idea de qué muere la mayor parte de la gente en los países más pobres”, resume el pediatra Quique Bassat, mientras escucha a Virginia a la sombra de un mango. El sol abrasa. El bebé, rememora la chica, nació sin vida, tras un parto que empezó un día y acabó el siguiente. El fallecimiento, sin un culpable conocido, es una tragedia insoportable para la familia, pero solo un caso más para la estadística. La OMS

calcula que unos 5,6 millones de niños mueren anualmente antes de cumplir los cinco años, sobre todo en África y el sur de Asia. Y menos del 3% de los fallecimientos son certificados por un médico.

“No solo no sabemos de qué muere la gente, sino que en muchos casos incluso no somos capaces de detectar que mueren. Es el escándalo de la invisibilidad. Te mueres, pero no queda registrado en ningún sitio ni siquiera que habías nacido”, lamenta Bassat, investigador ICREA en el Instituto de Salud Global de Barcelona.

Virginia responde a las preguntas de Bassat y su equipo. Es una autopsia verbal, en la que las palabras hacen de bisturí. En medio mundo, este es el único método para intentar averiguar la causa de un fallecimiento. Mientras Virginia contesta, su único hijo vivo corretea con una ametralladora hecha con ramas de papayo. Hasta 1992, Manhiça fue escenario de la guerra civil que arrasó el país durante 16 años. Hoy, el gran enemigo es el sida. El 40% de los adultos vive con VIH.

Sin embargo, Manhiça es un lugar para la esperanza. Estas tierras preñadas de azúcar han visto nacer una nueva herramienta para determinar la causa de una muerte: la autopsia mínimamente invasiva, desarrollada por el equipo de los investigadores Quique Bassat, Clara Menéndez y Jaume Ordi. “La fiabilidad de la autopsia verbal es bajísima. Puede ser peor que decir un diagnóstico al azar. La autopsia mínimamente invasiva, sin embargo, logra en niños hasta el 89% de concordancia respecto a las autopsias completas”, describe Bassat.

Es lunes y el cadáver de una niña de 10 años espera a los investigadores en una sala del Hospital Central de Maputo. En la estancia contigua, los cuerpos de tres adultos son sometidos a autopsias completas. Sus torsos están abiertos en canal, con los órganos colgando por fuera. Sin embargo, el cadáver de la niña está listo para una autopsia diferente. Lleva tan poco tiempo muerta que parece que está viva. Marisa (nombre ficticio) falleció horas antes, tras una semana con dificultades para respirar. Fue todo muy rápido.

La patóloga mozambiqueña Luisa Jamisse mete con mimo una fina aguja de biopsia en el cuerpo de Marisa para tomar muestras de su hígado, sus pulmones y su cerebro. También extrae con una jeringuilla sangre y líquido cefalorraquídeo. El proceso apenas dura 30 minutos.

“En la cultura africana, las autopsias completas son un tabú. Lo bueno de la autopsia mínimamente invasiva es que podemos devolver el cadáver intacto a su familia”, explica Cesaltina Ferreira, patóloga del hospital. El caso de Marisa, admite Bassat, “es un ejemplo claro de una muerte en la que no tenemos ni idea de lo que ha pasado”.

Proyecto internacional

La autopsia mínimamente invasiva es potencialmente tan rápida, limpia, sencilla y barata que ha inspirado un proyecto internacional, financiado con 75 millones de dólares por la Fundación Bill y Melinda Gates. La iniciativa, bautizada CHAMPS, despliega ahora esta metodología en seis países —Mozambique, Sudáfrica, Bangladés, Kenia, Etiopía y Malí— para identificar durante los próximos 20 años las verdaderas causas de muerte en los países más pobres.

El patólogo Jaume Ordi recibe las muestras del cadáver de Marisa un día soleado en el Hospital Clínic de Barcelona. “Hemos podido confirmar que la niña murió de neumonía,

pero tenía además una malaria cerebral”, revela. Ambas enfermedades eran fácilmente evitables. Marisa, como otros millones de niños cada año, no tendría por qué haber muerto.

“Este proyecto puede significar una verdadera revolución en la salud pública, porque por primera vez tendremos unos datos fiables que nos permitirán entender de qué se muere la gente en los países más pobres”, confía Quique Bassat. “Y entender esto nos permitirá cambiar las cosas”.